

# Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización<sup>1</sup>

**Doreen Massey**

*Open University (Regne Unit)*

## Resum

Aquest article explora alguns vincles entre el tema de la "identitat" i la responsabilitat política i social en el context de l'actual "societat global" injusta i desigual. Per això es desenvolupa la idea d'atorgar "un sentit global de lloc" per a deduir que la identitat de qualsevol lloc no està només arrelada dins d'aquest lloc sinó que es construeix en bona mesura mitjançant les relacions d'interdependència amb altres llocs.

**Paraules clau:** identitat, lloc, societat global

## Resumen

Este artículo explora algunos vínculos entre el tema de "identidad" y la responsabilidad política y social en el contexto de la actual "sociedad global" injusta y desigual. Para ello, se desarrolla la idea de "un sentido global de lugar" para deducir que la identidad de cualquier lugar no está arraigada simplemente dentro de éste sinó que se construye en buena parte a través de las relaciones de interdependencia con otros lugares. Este concepto plantea nuevos desafíos políticos.

**Palabra clave:** identidad, lugar, sociedad global

<sup>1</sup> Conferència presentada a la Societat Catalana de Geografia el 26 de setembre de 2003 en el marc de la clausura del XVIII Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles. El subratllat i les cometes són de l'autora.

## Abstract

This article explores some links between the issue of “identity” and political and social responsibility in the current context of an unfair and unequal “global society”. For that reason the idea is developed of a “global sense of place” in order to explain that the identity of any place is not simply rooted in it but to a great extent constructed through the interrelationships with other places. This conception poses new political challenges.

**Key words:** identity, place, global society

El título de mi conferencia es: “Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización”. Es decir, quisiera explorar algunos vínculos entre el tema de “identidad” (específicamente la identidad de los lugares) y la cuestión de nuestra responsabilidad (política y social) dentro de esta “sociedad global”, tan injusta y desigual.

Yo vivo en Londres y estoy en cierto modo involucrada en la política de la ciudad. Hay un alcalde más o menos izquierdista, Ken Livingstone, que estuvo al frente del Consejo de Londres cuando fue abolido por Margaret Thatcher en los años ochenta. Londres es también un lugar ubicado en una posición clave y poderosa dentro de la organización y la difusión de la mundialización neoliberal. Es una “ciudad global”. Y es esta conjunción la que ha provocado las ideas que voy a discutir aquí. Mi pregunta es: ¿Cuáles podrían ser en esta situación las posibilidades de una política radical, local, y al mismo tiempo global? Se trata, claro, de una situación específica, pero los temas que voy a explicar son de carácter general, y deberían formar parte del debate político en muchos lugares (llamados “locales”) sobre todo en el primer mundo. Mi punto de partida es, pues, el de una situación política, pero soy geógrafa y quisiera proponer que hay temas claramente geográficos y conceptuales que forman también parte del tema de este congreso: identidad, diversidad y la construcción de una sociedad global más justa.

Se dice que vivimos en un mundo de enlaces, es la época de la globalización, y que el poder de actuación del estado nación disminuye. Dicen que vivimos cada vez más en un espacio global de flujos, más que de territorios. Son grandes declaraciones y a menudo exageradas. Pero es verdad que hay cambios muy importantes en cómo experimentamos y en cómo se organizan el espacio y el lugar. En el mundo existen, entonces, transformaciones “empíricas” de lo que se quiere decir cuando se habla de “globalización”. Al mismo tiempo en algunas ciencias sociales (y en la geografía) ha habido un fuerte y fértil debate sobre la *reconceptualización* del espacio y del lugar. Así es que en la actualidad conceptualizamos el “espacio” como producto de relaciones, una complejidad de redes, vínculos, prácticas, intercambios tanto a nivel muy íntimo (como el del hogar) como a nivel global. Para mí esto es fundamental e implica, por una parte, que si el espa-

cio no es simplemente la suma de territorios sino una complejidad de relaciones (flujos y fronteras, territorios y vínculos) ello implica que “un lugar”, un territorio, no puede ser tampoco algo simple, cerrado y coherente. Al contrario, cada lugar es un nodo abierto de relaciones, una articulación, un entramado de flujos, influencias, intercambios, etc. Y eso implica algo más que tiene que ver con un tema de este congreso, el de identidad. Es decir que la *especificidad* de cada lugar es el resultado de la mezcla distinta de todas las relaciones, prácticas, intercambios, etc. que se entrelazan dentro de este nodo y es producto también de lo que se desarrolle como resultado de este entrelazamiento. Es algo que yo he denominado “un sentido global de lugar”, un sentido global de lo local.

Hay algo aquí que es muy importante: la *identidad* de un lugar –cualquier lugar– no está arraigada simplemente dentro del lugar, sino que está compuesta también por relaciones externas. La identidad nacional de Inglaterra está constituida por una larga historia de relaciones imperialistas y no se puede imaginar sin tener en cuenta esta herencia de contactos internacionales. Igualmente, la identidad de Londres, una ciudad llena de efectos, influencias tanto del presente como del pasado, de una red compleja de contactos e interdependencias internacionales, no se puede entender sin tener en cuenta el resto del mundo. Es una ciudad “global” y poscolonial. Es decir, no hay lugares que existan con identidades predeterminadas que luego tienen interacciones, sino que los lugares *adquieren* sus identidades en muy buena parte en el proceso de las relaciones con otros. La identidad de un lugar siempre está en proceso de cambio, de formación, de modificación. En definitiva, lo local y lo global se constituyen mutuamente. Dicho así, tan simplemente, puede parecer un argumento obvio, pero creo que tiene unas implicaciones muy importantes, y una de ellas es la que quisiera explorar esta noche.

Hasta aquí he hablado de cambios empíricos y conceptuales, pero hay que tener en cuenta que estas reformulaciones conceptuales siempre han estado muy incrustadas dentro de compromisos políticos, en particular el proyecto de otorgar un sentido global a lo local fue desarrollado con el objetivo de minar los nacionalismos y los sentidos localistas exclusivistas. El ejercicio de conceptualizar el espacio y el lugar nos debe permitir una apreciación de la especificidad local (aunque reconceptualizada con términos nuevos) y al mismo tiempo facilitar una imaginación más abierta y más internacionalista. Es sobre este intercambio entre reformulación conceptual e interrogación política que quisiera avanzar en este momento.

Esta manera de imaginar la “identidad” puede conducirnos a múltiples direcciones. *Primero* puede conducirnos a explorar dentro del lugar, hacia una apreciación de su complejidad interna, es decir una apreciación de las multiplicidades, de la diversidad de cada identidad. Esto es, el lugar como punto de encuentro, como negociación constante, como hibridismo ineludible. Como decía anteriormente, Londres es una ciudad poscolonial; es quizás la más mezclada –en términos étnicos– del mundo. Y aún más, esta diversidad interna es un aspecto importante en la *identidad* de la ciudad, reconocida y aún celebra-

da por la población. Este aspecto del lugar nos propone unos desafíos muy difíciles: los desafíos del racismo, de los problemas de la migración internacional, de asilo y de refugio, el reto de una ética hacia la “hospitalidad”. En Londres hay una política local multicultural bien establecida que hace frente a este aspecto de la identidad. En *segundo* lugar, existe otra dirección dónde puede conducirnos imaginar la identidad del lugar. Un sentido global de lugar (de lo local) implica también que cada país, región, ciudad se construye en buena parte a través de relaciones de interdependencia que la vincula a otros lugares. Ello conduce a preguntarnos: 1) ¿cuál es la geografía de estas relaciones de construcción? Y 2) ¿cuál es, o cuál debería ser, nuestra relación política y social, en definitiva nuestra “responsabilidad”, hacia estas relaciones? Planteo esta cuestión porque en Londres, en contraposición a la fuerte política interna de responsabilidad hacia la diversidad étnica, hay una relativa *falta* de sensibilidad hacia el mundo exterior (y estoy segura que Londres no es la única).

Por supuesto, hay aquí en juego muchos debates, incluso algunos dentro de la geografía; por ejemplo, una reacción común a preguntas similares es: “sí... pero el lugar local tiene mucha más significación de la que tiene el espacio global”. En la literatura geográfica sobre lugar y espacio existe una letanía de palabras que se usan con frecuencia para evocar el “lugar”: experiencia vivida, el mundo real, el mundo concreto, radicado, arraigado, lo cotidiano, vivido... es decir, hay una evocación persistente de la autenticidad y de la significación. El lugar se plantea necesariamente, como parte esencial de este discurso, como opuesto al *espacio*, que por consiguiente se entiende como algo abstracto, el exterior global del lugar, sin significado. Casey expone que “Vivir es vivir en la localidad, y conocer es ante todo conocer el lugar donde uno vive”. Dirlik, por su parte dice que “La lucha por el lugar concreto es una lucha contra el poder y la hegemonía de la abstracción”. Carter, Donald y Squires en su introducción al libro titulado precisamente *Space and Place* (Espacio y Lugar) escriben: “el lugar es un espacio al que se le ha atribuido una significación”. Esta última cita me interesa especialmente porque, y es a mí a quien se ha atribuido esta idea! Al contrario, creo que en esta manera de imaginar el “lugar” se esconden muchos riesgos tanto conceptuales como políticos; es un romanticismo de lo local que puede hacer más difícil una política más amplia.

Si aprobamos el planteamiento de que el mundo se construye “en relación” y de que lo local y lo global se constituyen mutuamente, de ello se desprende que esta forma de oposición entre lugar y espacio resulta inadecuada. “La realidad de nuestras vidas cotidianas” tiene, en verdad, una geografía de vínculos y de contactos, con extensiones diversas, algunas de las cuales posiblemente sean globales. Y los recursos (materiales y discursivos) y las repercusiones de nuestras vidas “cotidianas” pueden extenderse hacia el mundo entero. Yo no creo que podamos proponer el “espacio” como simplemente algo exterior del lugar “vivido”. La vida diaria de Londres involucra necesariamente a toda una gama de vínculos que se extienden alrededor del planeta, y son vínculos económicos, sociales, culturales que contribuyen integralmente a la cons-

titución –a la identidad– de este lugar. ¿Podrían ustedes definir un territorio cerrado que contuviera la realidad de su vida cotidiana? Yo no lo podría hacer. Sin embargo, lo que yo quiero sostener *no* es que “el lugar” no tenga estas características de significación, de materialidad, de cotidianidad, etc., sino que “el espacio” *también* las tiene. Bruno Latour, el filósofo de las ciencias, se pregunta en su libro “*Nous n’avons jamais été modernes*”: “un ferrocarril, ¿es local o global?” y su respuesta es que no es ni el uno ni el otro exclusivamente. Es “global”, ya que uno puede viajar desde París hasta Vladivostok, pero en todas partes es local, ya que consiste en vías, estaciones, trabajadores... Si conceptualizamos “el espacio” en términos de relaciones y lo hacemos rigurosamente entonces el espacio global no es más que la totalidad de todas las relaciones, los vínculos, las prácticas de comunicación (y no comunicación, falta de..., etc.), de comercio, de intercambio e influencia cultural, y éstas están completamente arraigadas, son concretas, cotidianas. El reto es cómo reorientar la imaginación para que podamos verdaderamente tener en cuenta esta realidad de nuestros vínculos con el resto del mundo. Y no solamente en un sentido ético muy general sino porque podría ser muy importante en la construcción de una política “local” y al mismo tiempo “global”. Por ejemplo, ¿cómo podemos dar un sentido más “abierto” a la imaginación cotidiana londinense? Mientras convivimos en la ciudad... ¿cómo podemos tener una consciencia tácita del mundo más amplia a través del cual se reproduzca nuestro lugar local? Me parece que esto es importante debido al hecho que en los países desarrollados tenemos una geografía de la atención y de la responsabilidad que se asemeja a las muñecas rusas: primero el hogar, luego la localidad y a continuación el país. Hay un entendimiento hegemónico –y una imaginación geográfica hegemónica– que hace que nos preocupemos y nos hagamos responsables prioritariamente de los que están más cerca. Es una “geografía de la responsabilidad social y política” que tiene dos características críticas: una que es territorial y otra que se extiende desde un origen local hacia lo global.

Hay otro elemento conceptual que es importante subrayar, la tendencia a imaginar los lugares locales como si fueran “productos” de la globalización; es decir, como *víctimas* de la globalización. Existe una política, y también una literatura académica, que plantea que lo importante en este período de globalización de corte neoliberal es “defender el lugar”; defender lo local contra la invasión (y siempre se percibe como invasión) de las fuerzas globalizantes. La gran mayoría de estos estudios provienen de investigaciones sobre el efecto de la globalización en lugares que experimentan *dificultades* debido a la globalización, ya sean en el tercer mundo o en el primero, y desde la perspectiva de *tales* lugares es verdad que las fuerzas de la globalización parecen llegar desde fuera, y que los lugares son “víctimas” de fuerzas externas. El lugar –lo local– parece ser víctima de lo global. *Pero* si el espacio se conceptualiza como resultado de prácticas y relaciones sociales, si los lugares son nodos de relaciones entrelazadas dentro de esta geometría –esta topología–

de poder social y si se toma *en serio* que lo local y lo global se constituyen mutuamente, de eso se desprende que: 1) los lugares locales no son puramente ni productos ni víctimas de la globalización; 2) cada lugar representa *una mezcla distinta*, un entretreído de relaciones sociales dentro de las cuales un lugar puede tener una posición dominante, mientras que en otras relaciones tiene una posición más o menos subordinada; y 3) en algunos lugares la misma globalización neoliberal es producida, coordinada y orquestada. En efecto, son “lugares de poder”. Londres es un ejemplo claro (aunque no único): es un centro financiero con inversiones de fondos de todo el mundo, sede de múltiples empresas multinacionales, etc. Y este hecho tiene implicaciones inmediatas: en tales lugares hay potencialmente cierta posibilidad de influir –por medio de la política local– sobre los mecanismos globales más extensos; y estos “lugares de poder” (de los que hay muchos) representan a mi juicio un desafío político completamente distinto. No es posible simplemente “defenderlos”; hay que abandonar cualquier “romanticismo de lo local”; y lo importante en tales lugares es precisamente ponerlos en duda, transformarlos.

Lo que me preocupa es una especie de “exculpación” o de “exoneración” de lo local. En lugares donde se organizan elementos de la globalización neoliberal –como Londres y otros muchos lugares en Cataluña y España– lo importante es tomar responsabilidad de esta posición de poder. Hay dos filósofas feministas que han reflexionado mucho sobre la cuestión de “responsabilidad”. Se llaman Moira Gatens y Genevieve Lloyd y se interesan por la cuestión de la responsabilidad por el pasado (en su caso la responsabilidad de los blancos en Australia por la historia de opresión a los indígenas). En su libro *Collective Imaginings* escribieron: “Al entender cómo nuestro pasado continúa en nuestro presente entendemos también las exigencias de la responsabilidad por el pasado que llevamos con nosotros, el pasado en el que nuestras identidades se forman. Somos responsables por el pasado no debido a lo que hemos hecho, como individuos, sino debido a lo que somos.” Es decir, una responsabilidad hacia estas relaciones a través de las cuales se construyen nuestras identidades. Y mi pregunta es: ¿esta dimensión temporal (histórica) de la responsabilidad por el pasado, se puede traducir en lo espacial (en lo geográfico) y en el presente? Porque igual que “el pasado continúa en nuestro presente” también lo lejano se entrelaza en nuestro lugar “local”.

En este momento, mi lugar local es Londres. Y en Londres acaban de publicar un “Plan” para la ciudad, un programa. Y este Plan da muestras de la misma falta de interés en el mundo exterior de la que hablé antes. Se reconoce, por supuesto, que Londres es una ciudad global, pero entiende esta identidad en términos casi solamente financieros (Londres como centro financiero *dominante* en el mundo globalizado), y dentro de este marco ya restringido, no ofrece ningún análisis crítico de las relaciones de poder que sostienen esta posición; no sigue estas relaciones financieras fuera de la ciudad; no hace ninguna investigación sobre los efectos, en otras partes del mundo, de estas acti-

vidades financieras. Entiende, caracteriza, el sector financiero simplemente como “un éxito”. Y el programa se centra en que la posición de Londres como ciudad global financiera debe mantenerse y ampliarse. Es decir, el Plan no se enfrenta ni a su propio poder (el poder dentro de la ciudad de Londres) ni a la subordinación de otros lugares locales que son el resultado del uso de este poder. No hace frente a las desigualdades globales sobre las cuales son construidos el estatus, la riqueza, el prestigio de la ciudad. Cuando el Plan sí menciona las relaciones con otros lugares, el análisis siempre demuestra una preocupación con respecto a la *competencia* con otros lugares. Todo esto representa, a mi juicio, una falta de imaginación y cohibe la posibilidad de inventar una política local alternativa en relación al mundo exterior y a la globalización neoliberal.

Pero Londres no es el único ejemplo. Estoy segura que la mayoría de los Planes en las ciudades del primer mundo son así. Dentro de un mundo relacional (un mundo de flujos) hay que desarrollar una política igualmente de flujos, una política que reconozca también *el poder que se encuentra siempre* dentro de estos flujos, estas relaciones. A lo mejor, en cada lugar debería haber un debate no solamente sobre los *efectos* de la globalización neoliberal sino también sobre nuestras *responsabilidades en su producción*. Y hay aquí un papel esencial que podemos desempeñar nosotros, los geógrafos: en la reconceptualización del espacio global, en la reimaginación del lugar local, y en la investigación de toda la gama de relaciones sociales (relaciones necesariamente de poder) por las que la identidad de nuestros “lugares locales” se constituyen y se mantienen dentro de este mundo llamado globalizado.

Para el caso de Londres, es posible proponer algunas sugerencias. Se podría ampliar la concepción de “global” en el papel de “ciudad global” para incluir los vínculos culturales, una gama más amplia de sectores sociales y vínculos familiares de las minorías étnicas ya presentes dentro de la ciudad. Ésta sería una política que tendría efectos más igualitarios tanto sociales como espaciales dentro de una ciudad que ha priorizado los sectores y la élite financieros. Por otra parte, también con más coraje se puede poner en duda los términos de la globalización actual. Se podría dar ayuda a los sindicatos para que también pudieran mundializarse (una política que siguió el Consejo en los años ochenta), y también a las organizaciones de “intercambio justo” y a las No Gubernamentales (de las que hay muchas con sedes en Londres). Se podrían hacer investigaciones públicas de las actividades de empresas con sede en la ciudad; establecer vínculos cooperativos, relaciones de diálogo con otros lugares en lugar de competir con ellos; y quizás establecer una red de ciudades “izquierdistas”. Hay muchas pequeñas cosas que pueden hacerse. Y aunque pueda parecer ingenuo pretender grandes cambios sí que es posible cambiar un poco la dinámica de la globalización actual. Pero el efecto más importante sería estimular un debate sobre el papel de Londres dentro de la globalización, y provocar una concienciación de las relaciones geográficas a través de las cuales la ciudad se mantiene y desarrolla su identidad.

## Referencias

- CARTER, E.; DOANLD, J.; SQUIRES, J. (1993). *Space and Place: theories of identity and location*. Londres: Lawrence and Wishart.
- CASEY, E. (1996). "How to get from space to place in a fairly short stretch of time". En: FIELD, S.; BASO, K. [eds.] *Senses of place*. Santa Fé: School of American Research, p. 14-51.
- DIRLIK, A. (1998). "Globalisation and the politics of place". *Development*, vol.41, núm. 2, p. 7-13.
- GATENS, M.; LLOYD, G. (1999). *Collective imaginings: Spinoza, past and present*. Londres: Routledge.
- LATOUR, B. (1993). *We have never been modern*. Londres: Harvester Wheatsheaf.